





VIDA, PASIÓN Y MUERTE
DE HERODES



Carlos Vázquez Iruzubieta

VIDA, PASIÓN Y MUERTE
DE HERODES



Primera edición: junio de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Vázquez Iruzubieta

© Portada: *La Rebelión de los Macabeos* (fragmento)
óleo de Antonio Ciseri (1863) - Florencia

ISBN: 978-84-16824-38-0

ISBN digital: 978-84-16824-39-7

Depósito legal: M-14839-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi mujer, Elba Alicia



ÍNDICE

ADVERTENCIAS AL LECTOR	11
PRIMERA PARTE. Aquellos años de Antipatro	13
1. El Príncipe de los ladrones (año 47 a. J.C.)	15
2. En el lago Genezareth	33
3. De regreso a casa	63
4. Herodes ante Hircano	75
5. Myrhiam	89
6. Los idus de marzo (año 44 a.J.C.)	119
7. Malico	141
8. Brindis con veneno	159
9. Marco Antonio	185
10. Herodes, Rey (año 40 a.J.C.)	201
SEGUNDA PARTE. El reinado de Herodes	223
11. Un Rey sin reino	225
12. Reconquista de Jerusalem (año 37 a.J.C.)	255
13. ¡Mi ama Mariamna!	277
14. El Rey constructor (año 25 a.J.C.)	321
15. Nido de víboras	349
16. La intriga indestructible	385
17. ¡Ay... mis niños!	409
18. El regalo de Herodes	433
19. Y... envenenaron a Feroras	461
20. Muere mi amo (año 4 a.J.C.)	485
21. Batir a los zelotes	507
22. Lo que vino después (año 6 d.J.C.)	529
23. Colofón de Zebedeo	549



ADVERTENCIAS AL LECTOR

Estos recuerdos de mi vida de esclavo los debo a mi memoria y a la casualidad. Porque fue casual el que Herodes antes de entrar en la muerte pusiera en mis manos las llaves de su viejo arcón, con encargo de que lo abriera y diera a sus pergaminos el destino que, a su hora, leerás en qué consistían. Con aquel tesoro en mi poder me dediqué a constatar la certeza de mis recuerdos que de aquella familia conservo; la del patriarca Antipatro también conocido por Antipas, sus hijos, nietos y bisnietos, con quienes viví y padecí.

He de excusarme por la insistencia con que en el relato se recuerda el parentesco de los personajes y la cronología de sus nombres (I, II, III...), pero si no lo hiciera, la atención del lector se vería confundida pues esta familia idumea solía casar a sus miembros entre sí y llamarse casi todos Herodes. Para mí nunca constituyó un problema porque con sólo pensar en cualquiera de ellos, sabía y sé quién era, qué rostro tenía y cómo se llamaba. Los recuerdo perfectamente bien, pero esa facilidad no la tiene el lector y yo debo allanarle las dificultades.

*APOLONIO, esclavo cojo de Herodes
En el primer año del Emperador Tiberio*



PRIMERA PARTE

Aquellos años de Antipatro



1

El Príncipe de los ladrones

(año 47 a. J.C.)

Me llamo Apolonio y llegué a Galilea como esclavo al servicio del Capitán Herodes, que con sus soldados imponían el orden romano y pacificaban la tierra revoltosa de los galileos, plagada de asesinos y ladrones. De todas sus aventuras militares, la que no puedo borrar de mi memoria fue la campaña en las fronteras de Siria, tal vez por ser la primera a la que asistí y haber visto tanta crueldad. Yo escribía para Herodes todo lo que acontecía, lo que decía y lo que informaba. Había resuelto tener cerca a un escriba de su absoluta confianza, y yo lo era para él. En Galilea, Herodes organizaba batidas desplazándose en persecución de los forajidos hasta las fronteras con Siria y Partia.

Después de perseguir a una partida de bandoleros y luchar fieramente contra ellos, los venció sin dejarlos escapar. Eran unos sesenta o setenta, o quién sabe más aún, sin contar con los que habían muerto en la batalla, que no fueron pocos. Pero las tropas a las órdenes de mi amo superaban en mucho a los bandidos y los galileos terminaron rindiéndose y encadenados los unos a los otros para que no huyeran.

De regreso al campamento, los soldados quedaron a la espera de órdenes mientras Herodes se aseaba y acicalaba auxiliado por dos eunucos. Echó un par de horas en la tarea. La tropa esperaba. Apareció finalmente como una gota de leche pura en medio de tanto guerrero sucio y

hechos girones a causa del fragor de la batalla. Lo recuerdo sentado en su silla de campaña a la entrada de su tienda y flanqueado por soldados. Tenía todo el aspecto y ademán de un Rey. Yo me encontraba situado a un metro de sus espaldas. Finalmente dio la orden:

—¡Traedlo!

Yo estaba impaciente y maravillado a la vez pues sentía cercano el momento de conocer al Príncipe de los ladrones, que con sus forajidos sembraban el terror a lo largo y ancho de aquella zona, especialmente en las fronteras con Siria, administrada por el gobernador romano Sexto César, amigo de Julio César y de Herodes.

Apareció el Jefe de los prisioneros acercándose a unos veinticinco codos, rodeado por soldados que lo pinchaban con la punta de sus lanzas. Traía la túnica raída, sucia de tierra y manchada con la sangre de la batalla, la barba larga como la de un Príncipe caldeo y atado de pies y manos, lo que le dificultaba caminar, sino a pasos muy cortos. Herodes levantó el brazo y se detuvieron a unos cuatro codos de él. Después de recorrerlo con la mirada de arriba a abajo, lo señaló con el índice para que todos lo vieran, explicando burlonamente:

—¡He ahí al Príncipe de los ladrones!

—Soy el Príncipe de los zelotes —corrigió el prisionero a Herodes.

—Ya... ya... Mucho me ha costado atraparte, Ezequías. Tiempo, armas y hombres. Pero, ¡ya está!

La esperada presencia del Príncipe de los ladrones fue para mí, finalmente, la figura espectral de un hombre vencido y semidesnudo, pero aún desafiante. Parecía hombre de temer, como que yo le temía con sólo verlo de pie, encarando a mi amo, como si él hubiera sido el vencedor y las cadenas pendiesen de Herodes.

—¿Tienes algo que decir en tu favor? —le preguntó Herodes.

Ezequías se mantuvo en silencio. No quiso responder. Mi amo prosiguió.

—He venido a Galilea a imponer el orden.

—Orden romano —le aclaró Ezequías de mal modo.

—En eso llevas razón. Y ahora sabrás que imponer el orden romano significa acabar con las correrías de salteadores y violadores, ni más, ni menos.

—¡Maldito seas, Herodes! ¡Bien sabes que no soy ni violador ni ladrón!

Los soldados al escuchar la prepotencia del prisionero lo tumbaron a puntapiés, y aun seguían golpeándolo en el suelo. Herodes con un gesto los ordenó que detuvieran el castigo y lo pusieran de pie.

—¿Ves cómo tenías algo que decir? Al menos, sabes maldecir —comentó Herodes.

—Tú sabes que mi lucha es contra los romanos.

—Y si fueran empujados lejos de Galilea, si ello fuera posible, ¿habría terminado tu lucha?

—Si eso ocurriera, ¡bendito sea el Creador! Entonces me enfrentaría a ti y a tu familia para que volvierais sobre vuestros pasos, hacia Idumea, vuestra tierra. Será una lucha larga, pero así se hará.

—Olvídate de ella, que no serás tú quien la lleve a cabo.

—No me lo impedirás.

—Claro que sí. Hoy morirás —sentenció Herodes.

—¿Me matarás?

—Te ejecutaré por ladrón.

—Yo no robo a nadie.

—He oído otra cosa de boca de esta pobre gente a la que les quitas lo poco que tienen.

—No les quito nada. Me pagan los diezmos a que están obligados. Todos están obligados a pagar los diezmos porque soy el heredero legítimo de la corona de Galilea.

—¿Tú, el futuro Rey de Galilea?

—Tú lo has dicho.

—No me hagas reír. Eres un sucio bandido y nada más.

—¡Soy un zelote y lucho por mi pueblo! Desciendo de la estirpe de David.

Herodes lanzó una estridente carcajada y luego de desahogarse le hizo una sugerencia a Ezequías.

—No insistas con esa tontería o terminarás enfadándome de verdad.

Cuando estos acontecimientos se producían en la frontera que separaba Galilea de Siria, tenía yo un poco más de dieciséis años, y me llamaba la atención lo extraño de ver a un joven de veintiocho años humillando a un hombre que podía ser su padre, y al que mantenía atado como a una bestia y que aun en cautividad arremetía con desplantes contra su captor.

—Lo lamento por ti, Príncipe davídico, pero no habrá tiempo de procurarte un rabino para que te reconforte antes de morir.

—No es preciso.

—¿Ah, no?

—Dios es mi único Jefe y Señor. No necesito intermediarios.

—Pues, en ese caso...

—¡Mátame de una vez o llévame ante el Sanhedrín para ser juzgado!

—¡Estás loco! Yo te juzgo y yo te mato. Nada de Sanhedrín.

—¡Maldito seas, Herodes! ¿No estás viendo que mi delito es de religión porque me rebelo contra Hircano, Rey y Sumo Sacerdote prevaricador?

En ese momento me dio la impresión que lo que buscaba Ezequías era zafarse de las garras de Herodes, a quien poco le importaban las formas y los procedimientos de que hacían gala los romanos con su pulcritud jurídica. Pero nada logró porque Herodes tenía a Ezequías a su merced y no estaba dispuesto a dejarlo escapar o a compartir con nadie la presa.


—No creo que tus delirios de grandeza puedan interesar al Sanhedrín. No has pecado, según yo veo, sino que has cometido delito contra las leyes romanas, y el César me ha enviado a Galilea a limpiarla de malhechores. Por lo demás, Ezequías, Hircano es el Rey de Judea, y esto es Galilea.

—Eres un maldito esclavo del César.


—Puede que sea así, pero morirás de todas maneras. Y considérate juzgado y sentenciado a muerte.

—¡Termina ya! —clamó Ezequías.


—Te someteré a la ley romana y morirás crucificado. ¡Preparadlo todo!



Fue la orden dada por Herodes a sus soldados quienes comenzaron a disponer lo necesario para llevar adelante la ejecución. Todos los prisioneros fueron amontonados y permanecían atados unos con otros. Estaban distribuidos en varios círculos enormes, sentados en el suelo. Algunos, vencidos por el cansancio del reciente combate dormitaban y otros, heridos, no dejaban de quejarse. Los soldados de Herodes, pese a ser muchos los que estaban puestos en esa faena, ocuparon más de doce horas en buscar los gruesos troncos para plantarlos en el suelo, y luego tres o cuatro horas más en tallar en la madera las cuñas donde debían asentarse los cruceros que llevaban el hueco listo para encajar en cada cuña de los troncos verticales. Ese trabajo llevó todo el día y casi toda la noche de ese día, pese a que Herodes obligó a los pobladores del lugar a que colaboraran con los soldados. Las guardias se cambiaron a buen ritmo a fin de que todos descansaran un poco hasta el amanecer.



Con las primeras luces del alba me levanté para preparar la comida de la mañana que mi amo solía tomar con mucho apetito y vi a los prisioneros tumbados de cualquier manera, unos sobre los otros, sin que las quejas de los heridos hubieran dejado de oírse durante toda la noche. De faltar esos ayees lastimeros tampoco hubiera podido dormir a causa de los golpes de las hachas sobre los troncos adecuándolos en tamaño y superficie para la crucifixión, todo lo que me impidió descansar a gusto. Así que dormí a ratos, muy poco y mal. Cuando Herodes salió de su tienda de campaña yo le acerqué a prisa los alimentos. Esa mañana comió dátiles, leche cuajada con miel y naranjas que yo le iba proporcionando de un saco, a medida que ascendíamos por una colina no muy alta, cercana al campamento.



Seguirlo, fue para mí un suplicio pese a que la pendiente de la colina no era muy pronunciada, pues debía darme prisa con mi muleta que se resbalaba al apoyarla sobre los guijarros que por allí abundaban, sumado al peso de un saco con naranjas y un botijo con agua fresca echados al hombro. Mientras ascendíamos pensaba que Herodes lo hacía a propósito para verme rodar colina abajo y tener pretexto para castigarme o burlarse de mí. Pero no le di esa alegría porque me mantuve erguido, vigilando el suelo y pasándole el par de naranjas que se comió mientras

subíamos. Siempre me hacía cargar con más de lo que era preciso. Creo que se divertía con ello. Se detuvo sólo cuando llegó a la cima. Desde allí se puso a observar la gran planicie donde estaban clavados los troncos y yo también miré hacia donde él miraba y mis ojos se llenaron con una visión de lo más extraña. Parecía aquello un gran bosque de árboles muertos a los que una tempestad les hubiera talado las hojas y las ramas. Una vez que Herodes se dio por satisfecho con el panorama y las naranjas, vertí agua en sus manos para que se las aseara y cargando a mis espaldas el botijo y el saco con alimentos, bajamos hacia el campamento. Yo respiré aliviado cuando llegamos de vuelta a las tiendas, pues el descenso fue más difícil para mí que el ascender. De vez en cuando Herodes echaba la mirada para atrás y se reía viéndome luchar para no caerme, con la muleta, con el saco y el botijo. Pero afortunadamente llegué entero y no tuvo ocasión de chillarme o castigarme con las varas romanas, destinadas a las espaldas de sus esclavos. No era mal hombre, pero tenía el genio muy vivo, según me parecía a mis dieciséis. Con el tiempo me di cuenta que en realidad fue siempre un malvado.

Ese día, todavía lo recuerdo, fue consumido en buena parte con los preparativos para la crucifixión, que no era cosa fácil o que llevara poco tiempo. Yo nunca había presenciado una, de modo que aunque atento a mi trabajo para no enfadar a Herodes, me daba maña para no perderme detalle de lo que ocurría cerca de los prisioneros. La faena se complicaba dada la gran cantidad de desdichados que aguardaban ser crucificados, que permanecían casi desmayados de hambre y frío. Recordé las crucifixiones de los gladiadores, que según oí comentar tantas veces, habían cubierto de gloria el nombre de Pompeyo y de sangre la Vía Apia.

—¡Comenzad! —exclamó Herodes y los soldados comenzaron a llevar a los prisioneros de uno en uno para clavarles las palmas de las manos en el madero vertical. Iban dejándolos ahí y continuando con el siguiente y así, hasta terminar con todos. Eran sus gritos, desgarradores. Entonces me di cuenta de lo que estaba presenciando. Aquello fue una matanza con suplicio previo, cuyas escenas no estaba seguro de poderlas presenciar hasta su conclusión; tanto era lo que me aterraban. Me había pasado la vida en el palacio del Procurador Antipatro, llamado también

Antipas, padre de mi amo, atento a los caprichos de los Herodes o de sus invitados, y desde que me asignaran al servicio del jefe militar de Galilea, esta vez como en ninguna otra conocí tan de cerca los horrores de la guerra, de los que sólo solía oír hablar en palacio, como algo que acontecía lejos de nosotros, o al menos, lejos de mí. Yo me preguntaba si era una guerra o no lo era. Mi amo Herodes decía que se trataba de una cacería de ladrones, pero Ezequías no renunciaba a su condición de Príncipe galileo, y por ello, cuando le tocó el turno, llamó la atención de mi amo con un grito autoritario, digno de un Príncipe.

—¡Sucio idumeo, espero que me crucifiques cabeza abajo, como a un guerrero rebelde y no cabeza arriba como un vulgar ladrón!

Pero cuando lo empujaron para que cayera al suelo y poder clavarle las manos en el madero, se dio cuenta que su pretensión era vana, pues sería crucificado como los demás. En ese momento yo no alcancé a comprender lo que significaba todo aquello, ni por qué prefería Ezequías morir cabeza abajo y no cabeza arriba, soportando así, menor sufrimiento, según mi parecer. Cuando le clavaron la primera mano lanzó un grito de dolor que arañó el cielo y luego otro con la segunda mano. Los que estaban ya clavados apenas gemían y algunos habían perdido el sentido; al menos eso me pareció porque ni se movían, ni se lamentaban. Lo que hicieron a continuación fue atarles a todos incluyendo a Ezequías, las muñecas al madero para que el peso del cuerpo no desgarrara sus manos cuando fueran ascendidos, y también clavaron a la altura que irían los pies, un soporte para que allí descansaran todo el peso del cuerpo, evitando el desgarro de músculos y tendones, así como la pronta asfixia. Una vez terminada esa faena, comenzaron a aparecer las primeras escaleras para la ascensión a la cruz TAU, usada por los romanos para crucificar.

Antes de caer al suelo empujado por los soldados para ser clavado en el madero, Ezequías me inundó los ojos con su mirada y sentí que las venas se me helaban. Estaba aterrado por la mirada de aquel hombre tan arrogante y amenazador. Yo sabía que no podía soltarse, pero sentí pánico. Su mirada era firme, pero no me pareció agresiva. Me miró. Simplemente me miró como él sabía hacerlo, y nunca pude desentrañar

el mensaje que aquellos enfurecidos ojos querían trasmitirme o que, tal vez, me transmitieron sin que yo lo descifrara. Sin embargo, siempre tuve la sensación que lo que quería aquel hombre, atormentado y conducido al suplicio previo a la muerte, fue pedirme que fijara en mi mente lo que allí estaba ocurriendo para que nunca lo olvidara y alguna vez lo contara. Pero, ¿por qué yo? «Nunca lo sabré», me dije ese día, y nunca lo supe. Pero sí que había logrado impresionarme con su mirada, como que nunca olvidé lo que vi y ahora estoy dispuesto a contarlo, de principio a fin, como lo estoy haciendo.

Mucha gente de por ahí se había empezado a reunir para presenciar la ejecución de Ezequías y los suyos. Se mostraban muy tristes y se mantenían en silencio; un silencio respetuoso, alterado sólo por unos cuantos sirios que daban gritos de alegría y vitoreaban a Herodes por haberlos salvado del azote de Ezequías, el Príncipe de los bandidos, quien desde el suelo y clavado en el madero, así como estaba, a medio crucificar, seguía imprecando a Herodes.

—¡Maldito idumeo, me vas a crucificar como a un criminal!

Un soldado le cortó un mechón de su cabello con su cuchillo y se lo dio a Herodes.

—Príncipe... Príncipe. ¡Vaya Príncipe judío este Ezequías! —dijo Herodes guardándose entre la ropa el mechón de pelo del zelote.

Era lo que murmuraba Herodes sin un sentimiento de piedad, viendo a su enemigo retorcerse en el madero horizontal de la cruz, esperando en el suelo, el instante en que sería izado. El semblante de mi amo irradiaba felicidad.

Las últimas palabras de Ezequías apenas se oyeron. Creo que dijo algo más, pero yo no lo oí. Los soldados que lo habían clavado al lado de donde estaba Herodes, lo ayudaron a ponerse de pie para que cargara con su madero hasta el tronco donde sería ascendido, que fue el más cercano. Y comenzaron a ascenderlo con cuerdas sujetas a ambos extremos del madero horizontal, de las que tiraba un soldado desde atrás del crucificado, subido a lo más alto de la escalera que se apoyaba en la parte posterior de la cruz, mientras otro, a sus espaldas y desde el suelo, sujetaba firmemente los extremos de las dos cuerdas para que el de la es-

calera pudiera asir otro tramo y así, cuando lo soltaba, el de abajo volvía a tensar. Lentamente, tramo a tramo, iban subiendo al prisionero hasta quedar crucificado en el mismo instante en que se oyó caer el madero horizontal sobre la cuña del vertical. Cumplida con Ezequías la operación, se repitió con los demás prisioneros con seis o siete escaleras, por lo que la crucifixión tardó mucho tiempo hasta terminar con el último de los sesenta o setenta ejecutados.

Herodes se quedó sentado viendo ese espectáculo aterrador. Yo intenté evadirme pero mi amo al descubrir mi intención golpeó con su espada mi muleta y rodé por los suelos. Lo miré asustado y con el índice me ordenó que me sentara a contemplar la ejecución de los bandidos. Los soldados hicieron como yo y ganaron sitios alrededor de las cruces. Aquel bosque de árboles muertos lucían aun peor que desde la cima de la colina, con aquellos cuerpos colgados, desgarrados y macilentos. Dos soldados que estaban cerca y comentaban estos hechos, se daban la razón y se la daban a Herodes. Entonces comprendí algo acerca de la técnica de la crucifixión.

—Herodes lo matará como a un vil forajido, cabeza arriba, sin concederle trato de guerrero sedicioso.

—Cabeza arriba sufrirá más.

—Ya lo sé. ¿Cuánto crees que durará?

—No mucho, a no ser que lo atravesemos con las lanzas.

—Me gustaría hacerlo.

—Y a mí. ¿Por qué crees que estoy cerca de Herodes?

—Creo que a los dos nos tocará lancear a Ezequías. Porque hacerlo con los otros no me parece que pueda interesarme, ni al Capitán Herodes.

—¿Ha intentado escaparse alguno?

—Tres o cuatro.

—Tendrán que quebrarles las rodillas antes de subirlos.

—Ya deben haberlo hecho.

—Sí, seguramente.

—¡Mira, mira! ¡Ya se ha descoyuntado! Empezará a asfixiarse.

Dicho esto, los dos soldados miraron hacia donde estaba Herodes, a unos tres metros de ellos, y yo no salía de mi asombro al advertir la

experiencia que tenían estos soldados, que más bien parecían verdugos. Uno de ellos le dijo al otro con un tono de voz que denotaba preocupación profesional.

—Si no nos da pronto la orden, seguro que se morirá y dejará de sufrir.

Herodes buscó con la mirada y, puesto que los tenía cerca, les hizo un gesto como si lanceara y luego indicó con los dedos la cantidad de lanzadas que debía recibir. Los soldados partieron con sus lanzas hacia la cruz de Ezequías, cumpliendo la orden tal como había sido dada. Le atravesaron el hígado y el bazo con una lanzada cada uno, bajo las costillas, con la intención de abrir una herida por donde penetrara el aire directamente a los pulmones, asegurando de tal modo la prolongación de la agonía. Al recibir las lanzadas, Ezequías pareció resucitar de entre los muertos para dar el último alarido.

—¡Gamala!

Y dejó caer su cabeza sobre uno de los hombros. A partir de ese instante tuve la impresión que su respiración era imperceptible, por lo que no pude saber en qué momento expiró.

Una vez que lancearon al cabecilla de los ladrones, los dos soldados preguntaron con un movimiento de cabeza si seguían con los otros, y Herodes movió la suya afirmativamente. Otros soldados se sumaron a los dos que habían lanceado a Ezequías y todos los crucificados recibieron lo suyo.

Un grupo de mujeres que habían presenciado la crucifixión, luego de un buen rato se precipitaron hacia los crucificados para verterles en la boca un vino mezclado con incienso a fin de aliviarlos, para lo que se valían de largas cañas en cuya punta tenían atados trozos de paño que humedecían una y otra vez, aunque muchos ya habían muerto asfixiados. Me llamó la atención que los soldados no lo impidieran, pero estaba visto que yo tenía mucho que aprender a mis dieciséis años, pues al preguntárselo a uno de ellos me lo explicó con sencillez.

—Es una costumbre judía y las costumbres están para ser respetadas, aunque sean de pueblos enemigos.

Los ayees y la angustia de quienes miraban con profunda tristeza aquella escena dolorosa me desconsolaba, sin saber qué hacer. Claro que yo nada podía hacer. ¿Qué hubiera podido? Nada. Pero me sentía desesperado mirando ese bosque de cruces. No era modo de morir para unos guerreros de Galilea, según lo que había pregonado Ezequías de todos ellos. Nunca pude entender por qué razón no murieron peleando, conociendo como parecía que conocían a Herodes. Tal vez fuera la esperanza de sobrevivir lo que les hizo rendirse a los soldados de mi amo. No lo sé, pero sí que puedo asegurar que yo conocía a gente judía de Jerusalem y no me daba la impresión que fuese tan extraña como estos galileos zelotes.

Creo que en ese momento perdí el conocimiento porque sólo recuerdo vagamente que un soldado me arrastraba por un brazo hacia la tienda de mi amo, donde desperté hacia el anochecer. Cuando abrí los ojos vi a Herodes escribiendo sobre un pergamino, o tratando de hacerlo, ya que no era hombre de letras sino de acción. Protestaba con murmuraciones a causa de su incapacidad, hasta que claudicó.

—Ven aquí, Apolonio!

Yo cogí mi muleta y corrí hacia él como pude, arrastrando mi cojera, porque estaba enfadado a causa de no haber podido escribir a su gusto lo que deseaba que quedara grabado en el pergamino.

—Sí, mi amo. Aquí estoy.

—Acerca aquel taburete y apóyate en la mesa. Quiero que escribas en este pergamino y que lo hagas bien.

Yo lo miré con asombro porque no sabía de qué se trataba ni lo que podía hacer a cada instante. Cuando estaba a su lado sentía que arriesgaba mi vida en cada una de las palabras que él pronunciaba o que yo callaba. Ésa que tanto asombro me causó, era la primera campaña militar que Herodes me llevó consigo. Me estrenaba como escriba en la batalla. Antes lo había asistido en palacio y poco más. De modo que no estaba seguro de lo que deseaba y de lo que aborrecía. Y yo tenía que aprenderlo sin demora. Por fin, me habló sosegadamente.

—Esclavo con suerte, eso eres tú. Has aprendido a leer y escribir en latín, griego y arameo. Yo, en cambio, de pequeño he sido enviado con mis hermanos a vivir con el Rey de Arabia para que mi padre pudiera hacer la guerra contra el judío Aristóbulo y ya ves, el árabe sólo nos enseñó a comer y a beber bien y a disfrutar del ocio real. Ahora preciso de ti para escribir informes cuando me apremia el tiempo, como ahora. Escribirás, y lo harás en griego.

—Sí, mi amo.

—Pues, comienza ya.

—¿Y qué es lo que tengo que poner en el pergamino, mi amo?

—Todo lo que has visto desde ayer, cuando tomamos prisioneros a los galileos. Todo, todo, hasta su muerte en la cruz. Mejor aún, relatarás toda la campaña contra estos galileos, desde que salimos de Magdala rumbo a la frontera con Siria.

Yo me quedé atónito, pues pensé que él me dictaría lo que quería que yo escribiese, pero esa libertad dada a mi memoria y estilo del que ya se había servido en otras ocasiones, me supieron a peligro inminente dado que si no le daba gusto, quién sabe, acabaría degollado, o cuanto menos, tirado en la calle, a vivir de las limosnas. Porque las cosas que escribía en palacio para Herodes carecían de importancia y por ello, supuse ese día de las crucifixiones que todo lo anterior había sido una prueba a la que me había sometido para comprobar si le sería útil en sus campañas militares.

—¡Vamos, comienza! ¿Qué esperas?

—Nada, nada.

Y comencé a recordar punto por punto la campaña y sus tramos finales hasta el día del apresamiento, para escribir con fidelidad lo que había pasado delante de mis ojos, incluyendo las crucifixiones. Antes de comenzar le pregunté:

—¿A quién va dirigido este informe, mi amo?

—A Sexto César —entonces comprendí por qué en griego y no en arameo. De no hacerlo en latín, los romanos preferían el griego por considerarlo lenguaje de un pueblo culto, antes que el arameo, lengua semita que despreciaban como al hebreo y a todo lo propio del pueblo de Israel.

Y comencé a escribir al gobernador de Siria con letra clara y redacción sencilla, tal y como me lo había enseñado un viejo esclavo llamado Núper, que según se decía, pese a tener un nombre extraño y para nada griego, era proveniente de una de las islas de los helenos. Este buen hombre me había salvado la vida. Yo nunca supe la verdad de mis orígenes, pues un buen día me dejaron entre los esclavos al regreso de una campaña militar de Antipatro, y como él regresaba de empujar a los partos más allá de las fronteras sirias, todos los esclavos me aseguraban que yo tenía que ser un parto. Lo cierto fue que no tenía a quién preguntárselo. Cuando levanté la vista, Herodes estaba mirándome.

—Dime esclavo, ¿conoces la causa de tu cojera?

Yo lo contemplaba sin saber qué decir. Lo miraba con gesto compungido, pues yo temblaba cada vez que me dirigía la palabra. Y no era para menos. Acababa de quitarle la vida a cerca de cien prisioneros, ¡y de qué manera! En aquel espacio enorme del desierto sirio, la muerte me pareció algo atroz. Herodes me había dicho el día de la crucifixión que yo nunca haría la guerra, pero que él me la mostraría tan cruel como es.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? —me preguntó en vista de que yo no respondía.

—No, mi amo, no estoy enfermo. Por un instante se me ha ido la cabeza... Es que estoy tratando de recordar todo lo que vi para que no falte ni un solo detalle.

—Eso me parece bien; pero te pregunté si conoces el origen de tu cojera.

Yo esperaba que él me lo contara para comprobar si su versión era veraz o se aprovecharía de la situación para mentirme, pero cuando había decidido responder para no agraviarlo, empezó a desgranar la historia según me la había referido mi salvador, el viejo Núper.

—Mi padre te trajo de Partia, y te llamó Apolonio como el general de Alejandro, el macedonio. Ya sabes que mi padre suele hacer mofa de la gente importante, especialmente si son extranjeros. «¡Qué mejor que llamar Apolonio a uno de mis esclavos!», dijo, y Apolonio te quedó para siempre.

Y Herodes echó una carcajada.

—Me agrada el nombre —fue lo único que dije. Él prosiguió.

—Pues, bien: siendo muy pequeño una pollina te dio una coz que te partió los huesos, y así quedaste varios días. Tendrías unos dos años, o tal vez un poco más. Y como llorabas tanto y no dejabas vivir a los demás esclavos, le pidieron a mi padre que te despeñara por un risco para librarse de ti. Pero un viejo esclavo suplicó que te dejaran con él, que no llorarías más y que te arreglaría la pierna y el brazo para que sirvieras para algo en palacio. Mi padre le puso como condición que no quería más quejas por tus llantos y que puesto que no servirías para otra cosa, que se ocupara en enseñarte idiomas, y a leerlos y a escribirlos, no sólo hablarlos, para prestar servicios a la familia. Lo cierto es que ese viejo esclavo era hombre de letras y muchos conocimientos y aprovechaste bien tu oportunidad. Has aprendido griego y muchos conocimientos, pero la pierna te quedó tan mal que una bruja que curaba aseguró que podía enderezarla y te la volvió a quebrar para ponerla derecha, pero aquella bruja era una embustera pues te dejó peor que antes. La pierna empezó a pudrirse y hubo que cortártela a la altura de la rodilla y ya ves, ahora cuando andas, lo que queda de ella te flamea la ropa como una banderola de caballería.

—¿Y el brazo? ¿Qué me pasó con el brazo? —me atreví a preguntar.

—Eso fue a causa de la caída, ese mismo día. Nadie se ocupó de tu brazo, pendiente como estaban de tu pierna. Se te murió. Lo tienes, pero como si no lo tuvieras. Eres un monstruo, Apolonio. Un monstruo con muleta —y Herodes se festejó su graciosa ocurrencia.

—Sí, mi amo.

Herodes salió de su tienda y yo me quedé escribiendo acerca de sus crucifixiones para que Sexto César, su amigo íntimo y pariente del César, se enterara debidamente de las hazañas del Capitán de la Galilea.

A la mañana siguiente yo seguía escribiendo sin haber dormido apenas un par de horas con la cabeza apoyada sobre la mesa de trabajo de Herodes. Cuando él llegó para tumbarse a dormir, yo me encontraba atareado con la carta. Se acercó a mí y echó una mirada por encima de

mi hombro. Sólo dijo «Hummmm...», y se tumbó. Yo deseaba que al despertar mi amo, la epístola dirigida a Sexto estuviera ya terminada. Y habría estado de no ser porque cuando se levantó y le acerqué los alimentos de la mañana, me dijo que debía añadir algo a lo que ya tenía escrito.

—¿Has terminado la carta? —me preguntó.

—No, mi amo, estoy a la espera de que des tu aprobación para escribir los saludos finales.

—Bien. Entonces añadirás que todos los habitantes de esta región, que son sirios, me aclaman por las calles y me vitorean dándome las gracias por haber terminado con esa pandilla de asesinos y ladrones judíos que crucifiqué ayer. Que a tal punto me ofrecen su reconocimiento, que un padre me dio a su hijo para que me sirva como esclavo, y un hombre de mi edad se entregó a mi paso, cubriéndome los pies. Eso añadirás. A estos dos sirios me los llevaré de esclavos para que atiendan a mis necesidades. Tú seguirás con lo tuyo, que es el escribir y leer todo lo que yo no puedo. A ellos ya les encontraré ocupación. Un esclavo nunca está de más.

Herodes se vanagloriaba de haber crucificado a tanta gente en un solo instante y se vanagloriaba de los vítores de los sirios, eternos enemigos de los judíos, y mucho más de los galileos porque eran los más ariscos y rebeldes, buenos guerreros y gente muy unida en la lucha por sus ideales. Además, los tenían al lado, incordiándolos de tiempo en tiempo. Y conforme lo quiso el Capitán, yo dejé constancia en la epístola a Sexto, de todo lo que deseaba Herodes que se leyera. Me extrañó que no escribiera a su padre. Cuando estaba terminando la carta entró Herodes con un chico de mi edad aproximadamente, y con otro que tenía la de él. A este le previno con estas palabras.

—Los tres sois esclavos pero tú —y le clavó el índice en el pecho al sirio grandullón— no le pondrás un dedo encima a Apolonio, de modo que si quieres desahogar tu sexo, hazlo con este sirio que vino contigo. Tampoco quiero que toques a mis esclavas porque son para mis hijos. Y ahora, ¡fuera!

Y los dos sirios desaparecieron a prisa.

Había exagerado Herodes porque sus hijos eran en esa época, menores que yo. Siempre tuve suerte y por ello me mantengo íntegramente varón, porque siempre fui muy feo de cara, muy pequeño y de oscura piel, y por si todo eso fuera poco, causaba horror con mi cojera, tan destacada, que a veces sentía vergüenza de ella, y de mi brazo seco, sin vida, que apenas me ayudaba para apoyar algo que no reclamara mucho esfuerzo. Herodes era un hombre de duros modales y genio vivo, ya lo he dicho, pero conmigo tenía un trato menos endurecido que con los demás esclavos. Tal vez pensaba que cuando lo de la pollina que me pateó, si a tiempo hubieran enderezado mi pierna y atado tablas a ella y a mi brazo para mantenerlos fijos hasta que los huesos se unieran rectamente, hoy sería un hombre distinto. ¿Puede un amo tener estos pensamientos? Yo siempre supe y a veces vi cómo Herodes castigaba hasta la saciedad a un esclavo por faltas que no me parecían demasiado importantes y, sin embargo, yo nunca fui castigado duramente por él ni por algún miembro de su familia. Varas romanas, eso sí que probé y no pocas veces, pero nada que me hubiera hecho perder el sentido o quedar malherido. Eso no. ¿Sería que mi amo no es tan cruel como la gente decía de él? ¿Es posible que un amo se apiade de un esclavo cojo y manco como yo?

¡Ah... soy parto! Mi tierra es la Partia. Me sentí feliz porque Herodes, mi amo, me lo había descubierto. Entonces pensé: ¿y de qué me sirve saber que soy un parto? No obstante, saber siquiera en qué tierra había nacido me hizo sentir menos esclavo de lo que siempre fui. Pero, Herodes no me dijo que fuera de Partia, sólo que su padre me había traído de una campaña contra los partos, que no es lo mismo.

Al día siguiente me ordenó que escribiera otra carta en arameo y en los mismos términos que la anterior para despacharla con destino a su padre. Como el informe era extenso y mi amo exigía pulcritud en los detalles, esa nueva carta me llevó todo un día y la mitad del siguiente. A veces, los dos esclavos sirios metían la cabeza dentro de la tienda para ver lo que yo hacía, preguntándose seguramente, si nunca salía de ella. Me conocieron en ella y en casi dos días no había salido de sus linderos, ocupado en escribir, que era mi trabajo. Esos dos nuevos esclavos de

Herodes fueron apodados por mi causa, sin yo quererlo, pues cuando Herodes me los mostró en la tienda le pregunté cómo se llamaba el sirio niño y cómo el sirio hombre, y me contestó:

—Como acabas de decirlo. Uno será de ahora en adelante el «sirio niño», y el otro el «sirio hombre» —y rió a gusto.

Estos dos sirios andaban por el campamento desorientados porque no sabían lo que tenían que hacer. No se les había destinado un trabajo concreto y puesto que Herodes se había olvidado de ellos, sólo atinaban a lanzarse a sus pies cada vez que lo veían en alguna parte. Mi amo no quería que durmieran como yo, en su propia tienda, y cada vez que pasaba cerca de ellos se detenía para olerlos, ponía mala cara y seguía.

Cuando terminé la epístola dirigida a Antipatro salí de la tienda y la mano me temblaba al haber estado escribiendo durante horas. Los ojos me dolían y tenía que restregarlos con el puño para arrancarles lágrimas que limpiaran mi mirada tenue, nebulosa. Poco a poco fui atreviéndome con el sol intenso de aquella región inhóspita donde el viento sopla con fuerza y levanta densas nubes de arena traída del desierto.